

# El libro de Daniel - Número ciento setenta y cuatro

*Perspectivas proféticas y revelaciones divinas: comprender la visión de Daniel y sus implicaciones para los últimos días*

Jeff Pippenger  
2024-04-04

Al abordar la tercera guerra subsidiaria, representada en los versículos trece al quince, recordaremos lo que ha conducido hasta estos versículos. En el capítulo diez, Daniel recibe su visión final, y al hacerlo se le identifica como alguien que comprende tanto las visiones proféticas internas como las externas. La palabra hebrea «dabar», que significa «palabra», se traduce como «cosa». En el capítulo nueve, cuando Gabriel vino para hacer que Daniel entendiera la visión de los dos mil trescientos días, la palabra hebrea «dabar» se tradujo como «asunto».

Sí, mientras yo hablaba en oración, aun el hombre Gabriel, a quien había visto en la visión al principio, volando con presteza, me tocó como a la hora de la ofrenda de la tarde. Y me informó, y habló conmigo, y dijo: Oh Daniel, ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento. Al comienzo de tus súplicas salió la orden, y he venido para mostrártelo; porque eres muy amado; por tanto, entiende el asunto y considera la visión. Daniel 9:21-23.

Cuando Gabriel le dijo a Daniel que “entiende la orden, y considera la visión”, la palabra hebrea “biyn” fue traducida tanto como “entiende” como también “considera”. La palabra significa separar mentalmente. Gabriel informó a Daniel que hiciera una separación mental entre el “dabar”, traducido como “orden”, y el “mareh”, traducido como “visión”. Para comprender la interpretación que Gabriel estaba dando a Daniel con respecto a la profecía de dos mil trescientos años, Daniel debía reconocer la distinción entre la visión profética representada como la “orden” y la visión profética “mareh”. La “orden”, que es el “dabar”, que significa palabra, representa la línea externa de profecía, y la visión “mareh” representa la línea interna de profecía.

En el capítulo diez de Daniel, la primera verdad que se revela al estudiante de la profecía es que Daniel representa al pueblo de Dios en los últimos días, el cual entiende tanto las líneas internas como las externas de la profecía.

En el tercer año de Ciro, rey de Persia, fue revelada una cosa a Daniel, cuyo nombre era Beltsasar; y la cosa era verdadera, pero el tiempo señalado era largo; y él comprendió la cosa, y tuvo inteligencia de la visión. Daniel 10:1.

La “cosa” es la palabra hebrea “dabar”, y la “visión” es la visión “mareh”. Como profeta, Daniel representa al pueblo de Dios de los últimos días, cuyo cumplimiento perfecto son los ciento cuarenta y cuatro mil. El tercer año de Ciro sitúa a Daniel en la línea de reforma que comenzó en el tiempo del fin en 1989. En “aquellos días”, que representan la historia desde 1989 hasta la inminente ley dominical en los Estados Unidos, Daniel estuvo en duelo durante tres semanas. En la

línea de reforma de los ciento cuarenta y cuatro mil, el período de duelo está señalando los tres días y medio durante los cuales los dos testigos de Apocalipsis capítulo once están muertos en la calle. La calle de aquella gran ciudad de Sodoma y Egipto, donde también nuestro Señor fue crucificado, es asimismo el valle de huesos secos y muertos de Ezequiel.

En el capítulo diez, Daniel es transformado a imagen de Cristo y es tocado tres veces, antes de que Gabriel interprete la visión que Daniel vio. La visión produjo una separación entre dos clases de adoradores. El evangelio eterno siempre produce dos clases de adoradores. Daniel representó la clase de adoradores representada como los ciento cuarenta y cuatro mil, en contraste con la clase que huyó atemorizada de la visión.

Antes del capítulo diez, Gabriel vino tres veces a Daniel para interpretar una visión. Interpretó las visiones de los capítulos siete y ocho, que ilustraban los reinos de la profecía bíblica tanto en su manifestación política (capítulo siete) como en su manifestación religiosa (capítulo ocho). Luego, en el capítulo nueve, Gabriel interpretó la profecía de los dos mil trescientos años. Gabriel llega en el capítulo diez para terminar la interpretación que había quedado incompleta en el capítulo nueve y para darle a Daniel la interpretación de la visión que produjo las dos clases de adoradores. En primer lugar, Gabriel le ofrece a Daniel un panorama general de la visión en el versículo catorce.

Ahora he venido para darte a entender lo que acontecerá a tu pueblo en los postreros días; porque la visión es para muchos días todavía. Daniel 10:14.

La visión de Cristo, que produjo dos clases de adoradores, representa lo que le sucederá al pueblo de Dios en los últimos días. La interpretación de los capítulos siete y ocho constituyó una interpretación de la historia representada por el ascenso y la caída de los reinos de la profecía bíblica, ilustrada por bestias de rapiña y por animales del santuario, respectivamente. La interpretación del capítulo nueve fue un desglose detallado de los distintos períodos proféticos representados dentro de la profecía de dos mil trescientos años. De alguna manera, la visión de Cristo glorificado en el capítulo diez representó lo que le sucederá al pueblo de Dios en los últimos días. Antes de que Gabriel comience con el esquema detallado de la historia, que es la interpretación de la visión de Cristo glorificado, le recuerda a Daniel que ya le ha dicho qué representa la interpretación.

Entonces dijo: ¿Sabes por qué he venido a ti? Ahora volveré para pelear contra el príncipe de Persia; y cuando haya salido, he aquí, vendrá el príncipe de Grecia. Daniel 10:20.

Gabriel le recuerda a Daniel que le había dicho, en el versículo catorce, que había venido para hacerle entender lo que acontecerá al pueblo de Dios en los últimos días, y esperaba que Daniel situara la siguiente exposición de la historia profética en ese contexto. Daniel había estado buscando una comprensión específica desde el primer día en que comenzó a afligirse.

Entonces me dijo: No temas, Daniel; porque desde el primer día que dispusiste tu corazón para entender y para humillarte delante de tu Dios, fueron oídas tus palabras, y he venido a causa de tus palabras. Mas el príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintiún días; pero he aquí Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme; y me quedé allí con los reyes de Persia. Daniel 10:12, 13.

Después de las tres semanas de duelo de Daniel, tuvo una visión de Cristo, que se alineaba proféticamente con la visión de Cristo que Juan en Patmos había presenciado.

Nada menos que el Hijo de Dios se le apareció a Daniel. Esta descripción es similar a la que dio Juan cuando Cristo se le reveló en la isla de Patmos. Nuestro Señor ahora viene con otro mensajero celestial para enseñarle a Daniel lo que habría de suceder en los postreros días. Este conocimiento fue dado a Daniel y escrito por inspiración para nosotros, sobre quienes han llegado los fines del mundo.

Las grandes verdades reveladas por el Redentor del mundo son para los que buscan la verdad como quien busca tesoros escondidos. Daniel era un anciano. Su vida había transcurrido en medio de los encantos de una corte pagana, su mente abrumada por los asuntos de un gran imperio; sin embargo, se aparta de todo esto para afligir su alma delante de Dios y buscar el conocimiento de los designios del Altísimo. Y en respuesta a sus súplicas, se comunicó luz desde las cortes celestiales para aquellos que habrían de vivir en los postreros días. Con qué fervor, entonces, deberíamos buscar a Dios, para que él abra nuestro entendimiento y comprendamos las verdades traídas a nosotros desde el cielo.

"Y yo, Daniel, vi yo solo la visión; porque los hombres que estaban conmigo no vieron la visión; pero cayó sobre ellos un gran temblor, de modo que huyeron para esconderse.... Y no quedó fuerza en mí; porque mi hermosura se convirtió en corrupción dentro de mí, y no me quedó fuerza alguna.' Tal será la experiencia de todos los que están verdaderamente santificados. Cuanto más clara sea su visión de la grandeza, la gloria y la perfección de Cristo, con mayor viveza verán su propia debilidad e imperfección. No tendrán disposición a pretender un carácter sin pecado; aquello que en sí mismos les ha parecido recto y hermoso, en contraste con la pureza y la gloria de Cristo, no les parecerá sino indigno y corruptible. Es cuando los hombres están separados de Dios, cuando tienen una visión muy indistinta de Cristo, que dicen: 'Soy sin pecado; estoy santificado.'"

Entonces Gabriel se apareció al profeta y así le habló: «Oh Daniel, hombre muy amado, entiende las palabras que te digo y ponte en pie, porque ahora he sido enviado a ti». Y cuando me hubo dicho esta palabra, me puse en pie temblando. Luego me dijo: «No temas, Daniel; porque desde el primer día que dispusiste tu corazón para entender y para humillarte delante de tu Dios, fueron oídas tus palabras, y yo he venido a causa de tus palabras».

¡Qué gran honor le mostró la Majestad del Cielo a Daniel! Él consuela a su siervo tembloroso y le asegura que su oración fue escuchada en el cielo, y que en respuesta a aquella ferviente súplica, el ángel Gabriel fue enviado para influir en el corazón del rey persa. El monarca había resistido las impresiones del Espíritu de Dios durante las tres semanas en que Daniel ayunaba y oraba, pero el Príncipe del Cielo, el arcángel Miguel, fue enviado para inclinar el corazón del rey obstinado a tomar una decisión firme que respondiera a la oración de Daniel.

"Y cuando me hubo hablado tales palabras, incliné mi rostro a tierra y enmudecí. Y he aquí, uno semejante a los hijos de los hombres tocó mis labios... y dijo: Oh varón muy amado, no temas; la paz sea contigo; esfuérzate, sí, esfuérzate. Y cuando me hubo hablado, cobré fuerzas, y dije: Hable mi señor, porque me has fortalecido." Tan grande fue la gloria divina revelada a

Daniel que no pudo soportar la visión. Entonces el mensajero del cielo veló el resplandor de su presencia y se apareció al profeta como "uno semejante a los hijos de los hombres". Por su poder divino fortaleció a este hombre de integridad y de fe, para oír el mensaje que le fue enviado de parte de Dios.

"Daniel fue un siervo devoto del Altísimo. Su larga vida estuvo colmada de nobles hechos de servicio para su Maestro. Su pureza de carácter y su fidelidad inquebrantable solo son igualadas por su humildad de corazón y su contrición delante de Dios. Repetimos: La vida de Daniel es una ilustración inspirada de la verdadera santificación." Review and Herald, 8 de febrero de 1881.

La experiencia de Daniel en el capítulo diez representa al pueblo de Dios en los últimos días, que, como Daniel y Juan, entiende el Apocalipsis de Jesucristo. La clave para ubicar a Daniel en la historia profética donde se sitúa su experiencia se basa en el hecho de que estaba en duelo, y en que Miguel fue enviado al concluir los veintiún días. En el primer versículo, Daniel registra que tenía comprensión tanto de las visiones proféticas internas como de las externas. Antes de los veintiún días, Daniel tenía una comprensión incompleta de las dos visiones, pero con la interpretación de Gabriel, Daniel comprende plenamente la "cosa" y la "visión" como revelaciones distintas.

Al acercarse el tiempo del fin del cautiverio de setenta años, Daniel meditó profundamente en las profecías de Jeremías. Vio que estaba cercano el momento en que Dios daría a su pueblo escogido otra oportunidad; y con ayuno, humillación y oración, suplicó al Dios del cielo por Israel, con estas palabras: «Oh Señor, Dios grande y temible, que guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y con los que guardan tus mandamientos; hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho lo malo y nos hemos rebelado, hasta apartarnos de tus preceptos y de tus juicios; tampoco hemos obedecido a tus siervos los profetas, que hablaron en tu nombre a nuestros reyes, a nuestros príncipes y a nuestros padres, y a todo el pueblo de la tierra».

Considera estas palabras. Daniel no proclama su propia fidelidad ante el Señor. En lugar de pretender ser puro y santo, se identifica con los verdaderamente pecadores de Israel. La sabiduría que Dios le impartió era tan superior a la de los sabios del mundo como la luz del sol que brilla en los cielos al mediodía es más brillante que la estrella más débil. Y, sin embargo, medita en la oración que brota de los labios de este hombre tan altamente favorecido por el Cielo. Con profunda humillación, con lágrimas y con el corazón desgarrado, ruega por sí mismo y por su pueblo. Desnuda su alma ante Dios, confesando su propia vileza y reconociendo la grandeza y la majestad del Señor.

¡Qué seriedad y fervor caracterizan sus súplicas! Se acerca cada vez más a Dios. La mano de la fe se alza para asir las promesas que nunca fallan del Altísimo. Su alma lucha en agonía. Y tiene la certeza de que su oración ha sido escuchada. Siente que la victoria es suya. Si nosotros, como pueblo, oráramos como oró Daniel y lucháramos como él luchó, humillando nuestras almas delante de Dios, experimentaríamos respuestas tan evidentes a nuestras peticiones como las que le fueron concedidas a Daniel. Escuchen cómo presenta su causa ante el tribunal del Cielo:

'Oh Dios mío, inclina tu oído y oye; abre tus ojos y mira nuestras desolaciones, y la ciudad que es llamada por tu nombre; porque no presentamos nuestras súplicas delante de ti por nuestras justicias, sino por tus grandes misericordias. Oh Señor, oye; oh Señor, perdona; oh Señor, atiende y haz; no tardes, por amor de ti mismo, oh Dios mío; porque tu ciudad y tu pueblo son llamados por tu nombre. Y mientras yo hablaba y oraba, y confesaba mi pecado y el pecado de mi pueblo, ... aun el varón Gabriel, a quien había visto en la visión al principio, siendo hecho volar con presteza, me tocó como a la hora de la oblación de la tarde.'

Mientras la oración de Daniel se eleva, el ángel Gabriel desciende raudo desde los atrios celestiales para decirle que sus peticiones han sido oídas y respondidas. A este poderoso ángel se le ha encomendado darle sabiduría y entendimiento, y abrir ante él los misterios de los siglos venideros. Así, mientras buscaba con fervor conocer y comprender la verdad, Daniel entró en comunión con el mensajero delegado del Cielo.

El hombre de Dios oraba, no por un arrebatado de júbilo, sino por el conocimiento de la voluntad divina. Y deseaba este conocimiento, no solo para sí mismo, sino para su pueblo. Su gran carga era por Israel, que, en el sentido más estricto, no estaba observando la ley de Dios. Reconoce que todos sus infortunios les han sobrevenido como consecuencia de sus transgresiones de esa santa ley. Dice: "Hemos pecado, hemos obrado perversamente... Porque por nuestros pecados y por las iniquidades de nuestros padres, Jerusalén y tu pueblo han venido a ser oprobio para todos los que están alrededor de nosotros". Habían perdido su peculiar y santo carácter como pueblo escogido de Dios. "Ahora, pues, oh Dios nuestro, oye la oración de tu siervo, y sus súplicas, y haz resplandecer tu rostro sobre tu santuario asolado". El corazón de Daniel se vuelve con intenso anhelo hacia el santuario asolado de Dios. Sabe que su prosperidad solo puede ser restaurada cuando Israel se arrepienta de sus transgresiones de la ley de Dios, y se vuelva humilde, fiel y obediente.

En respuesta a su petición, Daniel recibió no solo la luz y la verdad que él y su pueblo más necesitaban, sino también una visión de los grandes acontecimientos del futuro, hasta la venida del Redentor del mundo. Quienes afirman estar santificados, mientras no tienen deseo de escudriñar las Escrituras ni de luchar con Dios en oración para obtener una comprensión más clara de la verdad bíblica, no saben qué es la verdadera santificación.

Todos los que creen de corazón en la palabra de Dios sentirán hambre y sed de conocer su voluntad. Dios es el autor de la verdad. Ilumina el entendimiento oscurecido y da a la mente humana poder para captar y comprender las verdades que ha revelado.

Daniel habló con Dios. El cielo se abrió delante de él. Pero los altos honores que se le concedieron fueron el resultado de la humillación y de una búsqueda ferviente. Él no pensaba, como muchos en la actualidad, que no importa lo que creamos, con tal de que seamos sinceros y amemos a Jesús. El verdadero amor por Jesús conducirá al examen más minucioso y ferviente acerca de lo que es la verdad. Cristo oró para que sus discípulos fueran santificados por medio de la verdad. Quien sea demasiado indolente para realizar una búsqueda ferviente y en oración de la verdad quedará expuesto a recibir errores que serán la ruina de su alma.

"En el momento de la visita de Gabriel, el profeta Daniel no pudo recibir más instrucción; pero unos años después, deseando conocer más acerca de asuntos aún no completamente explicados, se propuso nuevamente buscar luz y sabiduría de parte de Dios. 'En aquellos días yo, Daniel, estuve afligido por tres semanas completas. No comí manjar delicado, ni entró en mi boca carne ni vino, ni me ungué en absoluto... Entonces alcé mis ojos y miré, y he aquí un varón vestido de lino, cuyos lomos estaban ceñidos con oro fino de Ufaz. Su cuerpo también era como el berilo, y su rostro como la apariencia de un relámpago, y sus ojos como lámparas de fuego, y sus brazos y sus pies semejantes en color al bronce bruñido, y la voz de sus palabras como la voz de una multitud.'"

"Nada menos que el Hijo de Dios se le apareció a Daniel. Esta descripción es similar a la dada por Juan cuando Cristo le fue revelado en la isla de Patmos. Nuestro Señor ahora viene con otro mensajero celestial para enseñar a Daniel lo que sucedería en los postreros días. Este conocimiento le fue dado a Daniel y fue registrado por inspiración para nosotros, sobre quienes han llegado los fines del mundo." Review and Herald, 8 de febrero de 1881.

La interpretación que Gabriel, «el mensajero delegado del cielo», traía a Daniel era la culminación de la interpretación que había comenzado a darle a Daniel en el capítulo nueve. La metodología de «línea sobre línea» exige que pongamos en consonancia la interpretación y las circunstancias asociadas de los capítulos nueve y diez, conjuntamente, a fin de trazar rectamente la ilustración profética. Es en esta interpretación donde se unen las visiones de los ríos Ulai y Hidekel.

Daniel había entendido por medio de los libros de Jeremías y de Moisés que la liberación del pueblo de Dios estaba cercana. Al hacerlo, Daniel representa al pueblo de Dios de los últimos días, que entiende que la liberación final del pueblo de Dios está cercana. Ese pueblo de los últimos días reconocerá que ha sido espiritualmente esparcido, como lo representa Daniel, quien había sido llevado a la esclavitud del cautiverio de setenta años en Babilonia. Entonces entenderán que ellos, como Daniel, deben manifestar la respuesta a su condición de dispersión que concuerde con el remedio representado por los "siete tiempos", de Levítico capítulo veintiséis.

Cuando la experiencia de humildad representada por Daniel, que es exigida por el remedio establecido en Levítico 26, se manifieste en los últimos días, el pueblo de Dios del tiempo del fin habrá estado de luto durante un período de tiempo específico. Ese período concluye cuando Miguel el arcángel desciende.

Continuaremos este estudio en el próximo artículo.

Y pereceréis entre las naciones, y la tierra de vuestros enemigos os devorará. Y los que queden de vosotros se consumirán por su iniquidad en las tierras de vuestros enemigos; y también por las iniquidades de sus padres se consumirán con ellos. Si confesaren su iniquidad, y la iniquidad de sus padres, con la transgresión con que se rebelaron contra mí, y que también han andado en oposición contra mí; y que yo también he andado en oposición a ellos, y los he llevado a la tierra de sus enemigos; si entonces se humilla su corazón incircunciso, y aceptan el castigo de su iniquidad; entonces me acordaré de mi pacto con Jacob, y también me acordaré de mi pacto con Isaac, y también me acordaré de mi pacto con Abraham; y me acordaré de la tierra. La tierra también será dejada por ellos, y gozará de sus sábados mientras quede desolada

sin ellos; y ellos aceptarán el castigo de su iniquidad, porque, aun porque despreciaron mis juicios, y porque su alma aborreció mis estatutos. Y aun con todo esto, cuando estén en la tierra de sus enemigos, no los desecharé, ni los abominaré para destruirlos del todo y quebrantar mi pacto con ellos; porque yo soy el Señor su Dios. Antes bien, por ellos me acordaré del pacto de sus antepasados, a quienes saqué de la tierra de Egipto a la vista de las naciones, para ser su Dios: yo soy el Señor. Levítico 26:38-45.